



DISCURSO DEL MINISTRO DE CULTURA

Majestades, Presidente, Autoridades, Señoras y Señores,

El Premio Cervantes de Literatura que hoy ha recibido de manos de S. M. el Rey el gran poeta y escritor argentino Juan Gelman, nos brinda la magnífica oportunidad de acercarnos a la riqueza del idioma que compartimos todos los hispano-hablantes, unitario y fiel a sí mismo a lo largo de los siglos, ajeno al océano que tan sólo geográficamente lo divide.

Este premio nos hermana en una misma y distinta lengua, que siempre reclama ser interrogada, renovada y puesta al día por la realidad. Y es precisamente la creación poética, con la prodigiosa capacidad que la define, la que ha tenido, casi siempre, el privilegio de conseguir vivificar nuestra lengua común, poniéndola al desnudo y descubriendo sus zonas más urgentes e insospechadas.

Juan Gelman es un destacado representante de la más contemporánea poesía hispanoamericana, la que inició su transformación radical mediante la voz diferente de un humanismo libre de prejuicios, inconformista y audaz, ansioso de romper con el discurso hasta entonces vigente. En esta nueva tendencia de creadores sufrientes, en peligro y fundidos con su tiempo, militaron también autores como Nicanor Parra, Ernesto Cardenal, Mario Benedetti, Heriberto Padilla o Antonio Cisneros. Sus voces transmiten, con un lenguaje cotidiano y novedoso: rabia, indignación y frustración, pero también ternura, cercanía, ironía e incluso humor.

El poeta Eduardo Milán ha dicho que “toda la obra de Gelman es un diálogo sostenido entre la conciencia histórico-social y la conciencia del lenguaje poético como entidad irreductible a la simple transmisión de ideas”. Añadiendo que la poesía de Gelman celebra el cuerpo lingüístico, al tiempo que defiende valores humanos directamente vinculados a la realidad de la América hispánica.

He afirmado en alguna ocasión que Juan Gelman lleva la poesía tatuada en los huesos. Creo sinceramente que el privilegio de esta circunstancia es lo que aporta autenticidad e inmediatez a su obra, poniendo de manifiesto a un creador visceral, a un cincelador de la palabra, a un adicto a su profesión de poeta. Un poeta que enlaza con los pensadores profundos: San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Yehuda Halevi, entre otros, para indagar, en torno a la naturaleza de la luz espiritual, su dolorosa paradoja y el misterio del amor.

Su obra, ofreciéndonos un paralelismo a través de los siglos con la de Miguel de Cervantes, simboliza la resistencia frente a la adversidad, la



penetración profunda en la existencia y el triunfo de la imaginación como arma y refugio frente al infortunio.

Para él, la poesía se ha constituido en un punto firme de apoyo, en un salvavidas para una vida repleta de noches oscuras del alma y de momentos de indudable dureza y dolor. Juan Gelman ha optado por “aprender a resistir”, eligiendo, como apuntala el sortilegio de sus versos, *“este amor con el que odio,/ esta esperanza que come panes desesperados”*. Aquí nos trae el recuerdo de la también Premio Cervantes, la filósofa María Zambrano, para quién “vivir es existir, y existir es resistir”; para ella, vivir es nacer siempre de nuevo de la herida que los hechos nos producen.

Biografía y poesía se confunden en Juan Gelman en un prodigioso nudo que es capaz de convertirse en un proyectil contra la muerte. Su obra suma, además: sensaciones, ritmo y belleza, multiplicando su capacidad de sugestión y su calidad. Son versos que nos conmueven y nos estremecen. Surgen libres, espontáneos, como si obedecieran a una fuerza superior, a un dictado ajeno y perentorio, a un deber inexcusable. En este sentido, es revelador el inicio del poema perteneciente al libro *Velorio del solo*:

“Entre tantos oficios ejerzo éste que no es mío,/ como un amo implacable / me obliga a trabajar de día, de noche,/ con dolor, con amor,/ bajo la lluvia, en la catástrofe,/ cuando se abren los brazos de la ternura o del alma,/ cuando la enfermedad hunde las manos.”

Y el poema termina, de forma contundente:

“Nunca fui el dueño de mis cenizas, mis versos,/ rostros oscuros los escriben como tirar contra la muerte.”

Se le puede aplicar a Gelman lo que él mismo dice a propósito de los ensayos autobiográficos de Arthur Miller: “el espesor de lo vivido y el juego de la memoria de lo vivido ofrecen mucho más que la linealidad cronológica de los hechos: experiencias personales alejadas en el tiempo se juntan o chocan en nuevas circunstancias, como si éstas arrojaran una luz perfeccionadora del recuerdo, enriqueciéndolo con otras significaciones”.

Juan Gelman es autor de libros como: *Violín y otras cuestiones, El juego en que andamos, Gotán, Cólera buey, Carta abierta, Anunciaciones, Valer la pena, País que fue, será*, y su último poemario *Mundar*, y es también un ensayista y periodista incisivo, original y valiente. En su prosa invierte la misma laboriosidad e intención artística que en sus versos. Considero plenamente acertada su descripción de la prosa de prensa como “un género literario más”, al que sitúa con



ironía “en la misma casa que la poesía aunque, con seguridad, en pisos diferentes”.

En una obra extensa en cantidad y en calidad, es capaz de incorporar recursos expresivos que ahondan en tradiciones tan esenciales como la mística española, la gestualidad del tango, la *jarcha* o la *cábala*, todos ellos sabiamente integrados mediante una actitud dialogante y creativa, impregnada de ternura.

Entiende la poesía como “un ejercicio de coraje triste” y a la vez como una indagación y como una creación verbal, en donde se permiten transgresiones idiomáticas capaces de conformar un nuevo lenguaje y de adquirir una función protagonista en el poema. En esta línea se inscribe también un libro excepcional y delicado, *Dibaxu*, escrito en judeo español, a través del que explora las raíces de la lengua recorriendo y dando vida a las formas del pasado, en una lúcida indagación sobre una “lengua expulsada” o exiliada.

La gran tensión que vertebraba su labor creativa está en el convencimiento de que la poesía “revela la realidad velándola”. Si bien es cierto que no podemos más que afirmar con él la insuficiencia del lenguaje, no lo es menos que tampoco podemos dejar de reconocer, con alegría, el triunfo expresivo de su obra en la aventura de conseguir que ese “árbol sin hojas” que son los versos, de sombra, haciendo así realidad la elocuente metáfora que él mismo ha acuñado.

Julio Cortázar supo definir certeramente la actitud que se desprende de los poemas y de las palabras de Juan Gelman: “Una manera, a la vez reflexiva e instintiva, de buscar lo que de veras somos, sin las simplificaciones a veces suicidas que nos han arrojado tan lejos de lo nuestro”.

Se trata, en definitiva, de devolver a las palabras desgastadas por el uso, por la indiferencia de todos los días, el poder que parecieran ocultar detrás de sus sentidos fatigados.

En alguna ocasión Juan Gelman ha dicho, citando al novelista Giovanni Verga, que “escuchando se aprende a escribir”. Y sin duda esto se refleja en su labor, en su manera de salir de sí mismo y de extraer un texto o su fragmento de la calle, como hacía Cervantes, escuchando en cada esquina, en cada rostro y en cada voz, el sonido del sufrimiento humano. En *Gotán*, por ejemplo, las cadencias y hasta los asuntos del tango y la milonga están presentes, así como la música y los giros del habla popular porteña.

Como sucede en la obra del poeta y también Premio Cervantes, Antonio Gamoneda, su lenguaje es poética y semánticamente subversivo, no normalizado. Se trata de una forma de expresión literaria que actúa como verdadero sismógrafo



del alma y de la vida, como querían los surrealistas y que, además, requiere de una altísima precisión. Es lo mismo que Antonio Machado veía en la poesía; “una palabra esencial en el tiempo”, “signos del tiempo y a la par revelaciones del ser en la conciencia humana”.

Spinoza, decía que lo eterno es ahora, es decir, algo que podemos encontrar en las encrucijadas de nuestras vidas, imbuido en nuestro tiempo y no después de que éste haya sido consumido. Para un poeta como Gelman, más que interesado en la verdad, la exploración de este tiempo parece concordar con su búsqueda de esencialidad. “Creo — ha dicho — que hay tres experiencias que se asemejan: la poesía, la mística y el amor. Creo que en esas tres se produce lo que se llama el éxtasis, es decir, salir de sí mismo.”

En sus libros más recientes, *Valer la pena*, *País que fue será*, y *Mundar*, volvemos a encontrarnos con todas las vertientes del universo poético de Juan Gelman y con su incansable afán de precisión, resuelto ahora en formas cada vez más desnudas, breves y reconcentradas, como sedimentos bajo la presión de sus propias capas geológicas.

Como nos hace saber en *Miradas*, libro de crónicas-ensayos, Gelman se ha sumergido en el conocimiento de muchas fuerzas negativas y las interroga en busca de su rostro o, como Walter Benjamin, asume que este conocimiento resulta una estrategia indispensable para “desenmascarar el estado actual de las cosas”, para profundizar en el “estado de excepción” en que se encuentra la inmensa mayoría marginada y en cómo la conciencia artística y la lengua constituyen una herramienta fundamental para su proceso de interiorización.

Su lenguaje es siempre original, y por eso, desde sus inicios y desde su lucha incansable, guarda la posibilidad de construirse y construirnos, porque su palabra ha aprendido, dolorosamente, que el consuelo es también sabiduría:

“... Todo / se llama amor si lo llaman /amor, precio de la / flor que surca el cerebro / contra tanta / infelicidad abajo, atrás,/ arriba, al frente, alrededor.”

Detrás de su canto a la vida y de su coraje frente a los problemas de la humanidad, Juan Gelman nos devuelve la esperanza de que siempre existirá una nueva utopía preparada para entrar en escena al desplomarse la que le precedió.

¡Enhorabuena por este tan merecido homenaje! y mi más sincero agradecimiento por esa voluntad y valentía de compartir y de comunicar que encierra su valiosa obra.